

# RAQUEL MELLER

## reina de una época

Por **SEMPRONIO**

**B**RAHMADATTA, el poderoso, protagonista de una bella leyenda india, al perder un día sus riquezas, se extirpó los ojos para poder imaginar que seguía viviendo rodeado de tesoros que continuaba inmerso en la opulencia. A Raquel Meller, en su senectud, para sentirse la reina del mundo, no le era necesaria ninguna violencia. Soñaba con los ojos vivos, muy despiertos.

Debía ir para los setenta cuando un día, al visitarla, me dijo:

—Tengo un telegrama de Varsovia ofreciéndome montar una revista en París...

No tenía la noción de que el cuplé era ya algo de otro mundo. Un objeto de museo, como las cosas que en su domicilio nos rodeaban: los retratos que le pintó Carlos Vázquez, los rosarios con que cantaba «El relicario», la sombrilla que le regaló la emperatriz Eugenia, los diplomas y los autógrafos...

No obstante, el tiempo parecía abonar sus ilusiones. Los viejos cuplés volvían a ponerse de moda.

—Esas señoritas no tienen la menor idea de cómo se canta un cuplé—afirmaba despectivamente Raquel.

El tiempo y el público parecían darle la razón, por cuanto las postreras salidas escénicas de Raquel fueron éxitos clamorosos. No se trataba de la adhesión sentimental a una vieja y querida figura, sino de un éxito inmediato y espontáneo. Los cuplés de Raquel nadie los cantaba como los cantaba todavía la Raquel sexagenaria. Recuerdo el estallido de entusiasmo que se produjo el año 1951 en el teatro Barcelona cuando cantó «Mala entrada». Varios espectadores se levantaron llorando y se precipitaron al camerino para decirle a Raquel que era única, que era un milagro...

Pero eso no iba más allá del éxito de una noche, no pasaba de mera curiosidad retrospectiva. A despecho de reacciones pintorescas y muy celebradas, el cuplé estaba muerto y enterrado.

Una de las facetas de la grandeza de Raquel ha sido, para mí, el haber abandonado el mundo sin aceptar la caducidad de su época. Haber mantenido hasta el final su altivez y su soberbia.

La palabra abdicación no figuraba en el diccionario de esta reina.

**SIGUE**



**RAQUEL  
MELLER**



Convirtió en pequeñas joyas, en obras de arte, los cuplés que cantaba. Los jóvenes de hoy entenderán difícilmente el éxito de Raquel Meller en canciones como «Flor de té», «La violeta», «Doña Mariquita»... Con esos y otros cuplés alcanzó una popularidad explosiva. Fue toda una reina de una época





# "YO CRECI SIN CARINO DE NADIE", REPETIA SIEMPRE RAQUEL

## fugaz como una canción

No obstante, su reinado, si bien se mira, fue fugaz como una canción. Su fama y su leyenda han sido, en cambio, muy grandes, tan duraderas que la han acompañado hasta la tumba.

Nuestra generación casi no ha tenido tiempo de verla. Llevábamos pantalones cortos y no salíamos de noche en su mejor momento. Luego, en los años treinta, venía ya con el empaque de su consagración parisienne; era una «vedette» clasificada oficialmente gloriosa... Algo absolutamente distinto del estruendo, del impacto, para decirlo con palabras de hoy, que produjo en Barcelona la revelación de la primera Raquel.

Los jóvenes de ahora tampoco entenderían que una canzonetista pudiera convertir en obras de arte, en pequeñas joyas, cuplés como «Flor de té», «La Violetera», «Doña Mariquita», etc. Y achacarían al ambiente de la época la explosiva popularidad de su creadora.

Sin embargo, el secreto de Raquel consistió en transformar en oro lo que en otras manos era chatarra. Sus dos mayores éxitos —«El relicario» y «La Violetera»— fueron escritos para otras. Y habrían pasado inadvertidos de no haberse los escuchado Raquel a aquellas otras e intuir en el acto las posibilidades que, cantadas por ella, llevaban dentro.

«La Violetera» la estrenó Carmen Flores. La canción no le iba. Raquel pidió una copia y la dejó dormir. Pasan los años, y cuando los autores, Montesinos y el maestro Padilla, desesperan ya de oírse, Raquel la interpreta en su presentación en el Olimpia, de París. La artista y la humilde vendedora de flores que «pregonando, parece golondrina que va piando», se fundieron tan íntimamente, que nada ni nadie será capaz de disociarlas.

Y en 1926, al debutar en el Baltimore, de Los Angeles, ante una constelación de astros de la pantalla, Raquel distribuye sus violetas a volco. Un guapo galán se las pide con la mirada. ¡Ahí va el ramito! Pero casarlo exige un violento estiramiento de cuerpo, que el galán, remilgado, no hace. Caen las violetas en el suelo, y Rodolfo Valentino se queda sin el ramito.

Mientras, el astuto Charles Chaplin no vacila en ejecutar una grotesca pirueta para que la presa no se le escape. Y con las violetas recoge una canción que llegará a obsesionarle, que quizá lleva ancha la idea misma de una película. Probablemente aquella noche nació allí «Lucas de la ciudad».

## pisa, morena...

Otro éxito que en principio tampoco fue suyo. Castellví y Oliveros, letristas de cuplés, escribieron «El relicario», para Mary Focela, canzonetista que brillaba en los tablados de aquellos tiempos. La estrenó en el Arnau, de Barcelona, con cierto éxito. En Madrid fue divulgada por Blanquita Suárez. Y una artista donostiarra, Conchita Ullá, le dio un tercer golpe en Eldorado barcelonés.

—«El relicario» había sido un parto feliz de letra y música —me cuenta Armando Oliveros, uno de sus autores, todavía vivo, por fortuna—. Cuando nosotros le llevamos la letra, Padilla se sentó al piano, meditó unos instantes, y dijo: «Esto podía ser una cosa así...» E improvisó la melodía tal cual se estrenó, y tal cual se canta aún hoy, sin una rectificación, sin un solo cambio...

No obstante, no habría ocurrido nada de no surgir Raquel, quien en Eldorado se lo vio a Conchita Ullá, y pensó que podía ser una creación dramática en vez de un personaje un poco de rompe y rar

ga, con palillos y vestido goyeco, que es como lo interpretaban las otras.

Hoy Oliveros afirma: —«El relicario» es Raquel Meller. Casi le diría que es ella la propia autora. La idea de recitar el segundo estribillo es suya. Y ahí radica el triunfo de la canción.

## el arnau

Raquel aseguraba que en los inicios de su carrera jamás había estrenado una canción, por no tener los cien duros que los autores pedían para escribirla.

Incluso el «Ven y vena», que fue su bandera de salida, lo había interpretado antes «La Goya», que lo cantaba vestida de mejicana, como todas las demás. A la Meller le gustó la canción. Ahora bien, como carecía de dinero, prescindió del vestido de mejicana y se inventó un atuendo que hoy nos parece de mamarracho: falda-pantalón color tabaco con fleco de oro, una blusita y un gorro floreado.

Era el año 1911. A Raquel Meller no la conocía aún el gran público. Su fama pertenecía a los devotos de la calcepsis. La joven artista tenía un repertorio atrevido, picante, que cantaba en ropa de pleno agosto. La Gran Peña, el Filaria del Cristal y el Alcázar Español, de Barcelona; el Salón de Novedades, de Valencia, y el Salón Madrid, de la Corte, la habían aplaudido a rabiar. Pero el público bien había huido despavorido

del Salón Madrid, que presumía de alta categoría en el género infimo.

En el Arnau barcelonés, y en el mes de mayo de 1911, Raquel Meller, ventajosamente contratada, fiando en su éxito empresarial, hizo todo lo contrario de lo que la empresa esperaba. Basta que le pidieran repertorio subido, para que ella, siempre más amiga de su voluntad que de la ajena, hiciera todo lo contrario.

Se hizo traducir del italiano unas canciones dulces, inspiradas: «La más linda de la aldea», «El Firulís» y «Así es el amor», a las cuales añadió el «Ven y vena».

Con el nuevo repertorio, Raquel triunfó ruidosamente, solemnemente, como no la triunfado nunca ninguna artista en Barcelona. Sobre todas las canciones, el «Ven y vena» la consagró eminentísima. Fue una época en que en la ciudad condal todo era marca «Meller»: los sombreros, las corbatas, los abanicos, el papel de fumar...

Como a las damas les repugnaba ir al Paralelo, mientras sentían la irresistible coacción de ver a la Meller, esta, simultáneamente con el Arnau, pasó a trabajar a otros locales del centro. E incluso cierta noche, en ocasión de una función benéfica, fue llevada al Gran Teatro del Liceo. Que una artista del Paralelo actuase en el Liceo fue considerado por muchos como un escándalo. Raquel, años

después, al referirlo, aseguraba que se pusieron celosías en los palcos, por las familias...

## siete pesetas diarias

Fue una artista, Marta Oliver, estrella mimada de La Gran Peña, la que incitó a Raquel a hacerse cupletista.

Raquel, que no era todavía Raquel, sino Francisca Marques, obrerita de un taller de confecciones para señora del barrio antiguo de Barcelona. Una muchachita triste, llegada de Aragón con su familia, crecida en un hogar frío e infortunado.

—¡Yo crecí sin cariño de nadie! ¡Nadie me quiso en mi niñez!— solía repetir a menudo Raquel en todas las épocas de su vida.

En el taller, Raquel hizo amistad con Marta Oliver, que era ciega. Al echar charlas las cuitas de la joven, al oír su necesidad de ganar dinero, le sugirió el camino del cuplé. Ofreció hacerla debutar, aunarle el camino.

—Dúcese un nombre bonito —le dijo—. Espera... Sí... Te llamarás Raquel Meller... ¡Eso! ¡Eso! ¡Raquel Meller! Ese es un nombre que yo debía llevar y que tiene para mí gratos recuerdos.

Raquel aprendió media docena de cuplés, y una noche de febrero del año 1907 apareció en escena por vez primera en La Gran Peña, cantando «Las amazonas» y «El buen debut».

Aquella misma noche asignaba la empresa a Raquel siete pesetas de sueldo.

## el fin

Raquel Meller, que ha conocido todos los homenajes del mundo, que le rindieron pleitesía reyes, poetas, políticos, financieros; que poseyó un palacio en Versailles y dos villas en la Costa Azul; que le pusieron un tren especial para cruzar los Estados Unidos; que ha muerto con el tratamiento de excelentísima señora, ha vivido sus posteriores años en completa soledad. Una soledad amarga con el orgullo y la altivez, lo que no excluía sus buenos sentimientos, su fraterna solicitud para los necesitados, hombres o animales...

En realidad, su corazón ha sido siempre un misterio. Todavía, en el hospital donde ha fallecido, dijo a un amigo que acudió a visitarla:

—¡No me quieren! ¡No me quieren nadie!...

Como decía siempre refiriéndose a su infancia. El quejarse de falta de cariño fue el motivo de su existencia.

No obstante, se le atribuyeron románticas pasiones. Y vivió sonados amores, como su boda con el escritor Enrique Gómez Carrillo. Sin embargo, Raquel dijo y repitió que, de no ser famosa, Gómez Carrillo no se habría fijado en ella. El divorcio por incompatibilidad de caracteres era inevitable. Inmediatamente después de nuestra guerra, Raquel se casó de nuevo con un hombre de negocios parisiense.

Él ha vivido sola, en un ático, mirando a la Diagonal. Con sus gatos y sus recuerdos, y con las palomas, a las cuales, franciscanamente, daba comida todos los días en su terraza.

El frío en invierno, o la melancolía en todas las estaciones, la echaban a menudo del piso o iba a refugiarse al bar de la esquina, con la mantecleta protegiéndole los hombros y calada con zapatillas negras. Alguien habría podido suponerla desgraciada, como una reina en el der tierra. Impresión errónea. Su provisión de gloria era tan grande que no la hubiera terminado incluso de vivir cien años más.

SEMPRONIO

SIGUE



En el diccionario de Raquel no existía la palabra «abdicación». En su corazón y en su cabeza, jamás dejó de ser «la violetera». Muy a última hora se atrevió a ofrecer cuplés —no era el tiempo de las violetas, prendidas en la letra de la popular canción— en una fiesta benéfica celebrada en el Palace de Madrid